Domingo XXX del Tiempo Ordinario
Homilía Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo se nos invita a ir todos a las cosas fundamentales de nuestra fe. Está propuesta en este Evangelio (Mateo 22,34-40) como una especie de trampa al Señor, en este caso, por los fariseos (también lo habían hecho los saduceos y otros grupos más). Al Señor, siempre esa gente que no va a lo fundamental, siempre le quiere poner trampas.

Por eso es que, cuando le hacen la pregunta: ¿cuál es el mandamiento principal?, debemos preguntarnos, ¿por qué eso es una trampa? Y es que en la Biblia existen muchos mandamientos (sobre todo, si ustedes agarran los primeros libros de la Biblia del Éxodo hasta el Deuteronomio, hay cantidad de leyes). Y el que pregunta es “un legista”, una persona que sabe de leyes y ha sido nombrada por el grupo, se han puesto de acuerdo para ponerlo y agarrarlo en falta a Jesús.

Y claro, como hay tantos mandamientos, entonces uno tiende a dispersarse. Nos pasa como ahora, a veces, nosotros, todo el mes del Señor de los Milagros nos hemos dedicado a centrarnos en el Señor. Él es el centro, Él vino de parte del Padre a decirnos que Dios es amor. Y, por lo tanto, la consecuencia de eso es que tenemos que aprender a amar, basados siempre en el Señor que contemplamos. Eso es lo fundamental, pero, a veces, ya por la costumbre agregamos cosas (eso lo dijimos en la Misa de ayer). A veces, le agregamos una cosita, las florcitas, las velitas y cientos de detalles. Entonces, nos dispersamos y generamos una serie de adornos que no son lo fundamental. Como pasa - imagínense ustedes – con las devociones de santos (que hay un montón), y hay gente que se siente culpable porque no es devoto de todos los santos. No me refiero de la

Fiesta de Todos los Santos (que es el primero de noviembre), sino de cada santo.

No es ninguna obligación, no es ninguna ley ser devoto de todos los santos, pero nosotros, por las costumbres, a veces, abundamos y eso nos dispersa, no nos hace ir a lo fundamental.

Y, entonces, eso pasaba también en la época de los de los fariseos. Poco tiempo después se encontró que, en el mundo hebreo de esa época había 613 mandamientos. Parece que este descubrimiento u ordenamiento estaba cerca, en ese tiempo, de la época de Mateo porque, de alguna manera, quieren confundir a Jesús. Y como veían que Jesús siempre hacía “cosas de la tierra”, en el sentido de que iba ayudando a la gente, sirviendo, curando, sanando, alentando; ellos pensaban que el Señor iba a responder: “no, solamente amen a su prójimo y se acabó”.

Pero el Señor ayuda al prójimo, a los pobres, a los pequeños y no solamente al “prójimo” como "mi cercano”, sino que se acerca a los lejanos, a los cojos, a los ciegos, a los mudos, a las personas en problemas, a los migrantes, a las personas, inclusive, enemigas. Y lo hace porque Jesús está muy bien concentrado, está muy bien “enfocado” en lo fundamental que es amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todo el ser.

Pero el Señor añade otro mandamiento, que es semejante al primero y principal. El primero y principal es “amar a Dios con todo el con toda el alma, con todo el corazón con todo el ser”, pero viene Jesús a decirnos que ese mandamiento va acompañado y no se puede separar de este otro. Toda la ley y los profetas se resume en que amar a Dios sobre todas las cosas y amar también “al prójimo como a nosotros mismos”.

Y dice el Señor que en esto consiste toda la ley y los profetas, o sea, todos esos 613 mandamientos, sobre le quieren preguntar y que ya estaban organizándose para que fueran la norma de la vida creyente. Pero Jesús todo eso lo resume simplemente en

que amamos a Dios y amamos al prójimo como a nosotros mismos.

¿Qué importancia tiene eso? La importancia es que no construyamos idolatrías. Las idolatrías se forman cuando uno genera una serie de imágenes que, finalmente, no son la imagen que el Señor nos provee. Él nos ha mandado a Jesús, es la única imagen fundamental que hemos de seguir, mirar, acoger y vivir en nuestra vida. Él es la imagen en la que hemos sido creados todos los humanos. Todo se creó por Él y para Él.

La imagen de Jesús es la imagen que el Padre ha mirado a su Hijo, en eterno, para que la generar humanidad, por eso, todos somos parecidos a Él, somos el prójimo.

Y, entonces, toda nuestra vida es concentrarnos en el Padre Dios, y como es Padre reconocernos como hijos y amarnos como hermanos. En eso se resume todo.

Pero, padrecito, cuando pasé por la puerta de la Iglesia no me persigné; o cuando estábamos para comulgar no lo hice de rodillas. Eso es muy secundario, hermanos y hermanas. La costumbre siempre es secundaria, y lo digo porque, a veces, como ahora, somos tantos que algunos se quieren arrodillar para comulgar, pero si estamos en emergencia todo puede cambiar (como ocurrió en la Pandemia, por ejemplo).

Ustedes, por ejemplo, si están en medio de la Selva y no hay sacerdote y no van a misa. ¿Eso sería pecado? No, porque, viendo las circunstancias en medio de la Selva y sin bote para movilizarse o sin sacerdote, no podemos hacer mucho. Sin embargo, a veces, nos culpabilizamos de esas cosas sin tener la libertad de los hijos de Dios, la libertad que nos hace decir: “bueno, en este caso no es no es adecuado, pues, no se hace y se acabó”.

Y eso es lo que quiere el Señor: que, concentrándonos en contemplar a Dios, sepamos traducir eso, transparentarlo en el

amor a los demás, liberando a las personas de cargas, ayudando a curar las enfermedades, compadeciéndose en las situaciones difíciles. Es, entonces, una experiencia de fe en Dios basada fundamentalmente en la práctica su amor, que tiene diferentes formas y diferentes exigencias.

No se puede separar una cosa de la otra y, por lo tanto, estamos todos llamados a una cosa que el Papa Francisco ha dicho esta mañana durante la misa de clausura del Sínodo de la Sinodalidad, respondemos al primer y mayor mandamiento de amaras a Dios, adorando, y al segundo mandamiento de amar al prójimo, sirviendo.

Ese Sínodo realizado en Roma con la participación de los obispos, laicos y laicas, de distintas partes del mundo, en donde se ha escuchado el clamor de todos nosotros, ha sintetizado un documento que ya salió, vamos a poderlo leer en castellano en unos días, pero quien sabe italiano ya lo puede leer (porque ya es público).

Y este documento recoge todas las sugerencias de la Iglesia Mundial para ver cómo hacemos una Iglesia que realmente ame a su Señor, adore a su Señor y ame al prójimo como signo de esperanza para la humanidad.

Todas son sugerencias y propuestas que, además, dentro de poco vamos a debatir en la Segunda Asamblea Sinodal de mi periodo como arzobispo, con toda la gente organizada en diversas parroquias para para poder ventilar esas cosas y tomar algunas decisiones que serán revisadas en 2024.

Y ahí sí van a quedar ya establecidas para poder trabajar todos juntos en la misma actitud. Y el fundamento de eso ¿cuál es? Que Dios nos ama, nosotros acogemos su amor y practicamos ese amor con los demás.

El Papa dijo esas palabras: “adorar” y “servir”. Eso es lo fundamental. Cómo se responde al mandamiento: "Amarás al

Señor, Tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo su ser". ¿Cómo respondemos a eso? ***Adorándolo***, y eso lo hemos hecho todo el mes de octubre: contemplar, adorar, dejarnos mirar por el Señor, dejar que su Espíritu entre nosotros. Y, simultáneamente, la vida implica que, una vez que contemplamos, adoramos, adoramos en el Sagrario donde está la presencia real del Señor que nos dijo "Este es mi cuerpo. Esta es mi sangre" y quiso dejarlo para todos nosotros, con el Espíritu del Señor, nos llenemos de la riqueza de su amor para compartir el pan, servir al necesitado.

Quien cree que la fe cristiana es solamente contemplar y no amar, entonces, no es verdadero cristiano Y quien cree que puede amar y compartir sin ver al Señor, sin contemplarlo, entonces, es un buen hombre, pero no es creyente tampoco.

Para actuar necesitamos transparentar al mismo Dios. El amor cristiano no es simplemente hacer cosas, dar limosna o una donación. Sí, está bien, eso es muy humano y reconocible que, quien ama, de alguna manera está en esa línea, pero lo importante es que, como cristianos, aprendamos a traducir concretamente el mismo amor de Dios Padre, que realizó el Señor Jesús, que se entregó hasta la muerte y muerte de Cruz por nosotros.

Como cristianos, tenemos que estar dispuestos, inclusive, a llegar a ese extremo para transparentar a Dios y darle esperanza a la humanidad. Y esa es la tarea de todos, no es solamente una tarea de algunos, es la tarea de todo creyente. Y eso implica que des-compliquemos nuestra manera de vivir la fe, haciéndola más sencilla.

Necesitamos momentos de oración profundos, de contemplación, en todas las parroquias, en las casas; momentos de oración para meditar su Palabra, contemplar el misterio de Dios que nos ha revelado Jesús. Y, simultáneamente, enriquecidos por ese Espíritu, llenarnos de imaginación, de

iniciativa, para servir y mejorar todo. Sobre todo, en estos tiempos, hermanos y hermanas, en que, por ceguera, por no contemplar al Señor, nos llenamos de pasión, nos desesperamos, insultamos, agredimos y hacemos guerras y maltratos. Cuando esto ocurre es porque no nos dejamos llevar por el amor de Dios.

Hermanos y hermanas, que este domingo nos enriquezcamos con este principio y fundamento de toda nuestra fe, que es inseparable el uno del otro. Y que Dios los bendiga y tengan un domingo y un final de mes de octubre siempre con fuerza y alegría, porque nos hemos recargado con las fuerzas del Señor para poder hacer cosas bonitas también en nuestra sociedad, con nuestros hermanos, en nuestra Patria, en nuestras familias, con todos.

Que el Señor los bendiga y los acompañe a todos en este camino futuro. Y como Iglesia vamos a seguir haciéndolo también, porque se vienen consultas en las parroquias y en otras comunidades. Vamos a organizarlo bonito porque ya nos han llegan algunas indicaciones.

Que Dios los bendiga y les dé su Paz.

Amén.